

LA ORGÍA DE ESQUELETOS

Es un festin junto al mar.
Sobre la alfombra de arena
Que va la espuma á bordar,
Choque de copas resuena
Que apaga la onda al rodar.

De la luna á los fulgores
Lanza el mar su cabrilleo,
Y canta estrofas de amores
En torno al gentil Pireo
Que se adormece entre flores.

En sus playas encantadas
La bruma tiende su tul,
Y les da cintas rizadas
El ceñidor de agua azul
De las ondas nacaradas.

Donde el agua transparente
Desmaya sin fuerza alguna,
Cubre una mesa luciente
Bello tapiz esplendente
Hecho de rayos de luna.

Y entre los giros secretos
Que van formando las brisas,
Hacia ella avanzan inquietos
Entre canciones y risas
Blancas filas de esqueletos.

Saliendo van de la mar
Que los forma de su espuma,
Y con lánguido mirar
Envueltos en ténue bruma
Van el festin á aumentar.

Canta el fantástico coro
Himnos de dulce armonía,
Y exento de amargo lloro
Apura con alegría
Falerno en conchas de oro.

Mas ¿qué en su loco placer
Buscan dispersas y solas
Aquellas formas sin ser
Dejando el mar cuyas olas
Á Venus vieron nacer?

Son del amor las deidades,
Sus diosas son, que al rumor
De las vivientes edades,
En aquellas soledades
Celebran fiestas de amor.

Ved á Eloísa avanzar
De las espumas dormidas
Sacudiendo sin cesar
Las claras gotas del mar
Á su esqueleto prendidas.

Julietta, siempre adorada,
Sigue triste y pensativa,
Y en la cuenca iluminada,
De Romeo la mirada
Llevar parece cautiva.

Siguen después Magdalena,
Lucrecia, Safo, Raquel,
Y Semiramis, y Helena,
Hollando todas la arena
En bullicioso tropel.

También al festin camina
Presa de amoroso dardo
Judhit, la flor peregrina,
Y la Cava, y la Stuardo,
Y Cleopatra, y Mesalina.

Y este concierto de amor,
Sin freno, ley ni decoro,
Brinda y brinda sin temor,
Y las copas del licor
Forman chasquido sonoro.

Elevando las de nieve
Formas lánguidas y esbeltas,
Dice Cleopatra en voz leve:
—¡Por la ardiente orgía!—y bebe
Perlas en vino disueltas.

Se alza después Eloísa,
Y con divina sonrisa,
—¡Yo por el eterno amor!—
Dice, imitando el rumor
Que hace en las flores la brisa.

Siempre sollozando inquieta
Y siempre en vivo deseo,
Al hablar dice Julieta:

—¡Por el amor de Romeo,
Que es el amor del poeta!—

Y Safo, mientras que gira,
Entre aquella regia tropa,
—¡Por el amor que delira!—
Dice, en la izquierda la copa
Y en la derecha la lira.

Luego con honda efusión
Van exclamando en tropel:
—¡Por la juventud!—Ninon;
La Cava—¡Por la traición!—
—¡Por la modestia!—Raquel.
—¡Por la virtud de amor llena!—

Grita Lucrecia divina;
—¡Por los placeres!—Helena;
—¡Por los goces!—Mesalina;
—¡Por el llanto!—Magdalena.

Y cada cual entonando
Al amor tiernas canciones,
Van las copas apurando
Y la playa coronando
De fantásticas legiones.



Con sus notas argentinas
Turba de pronto el reposo
De las ondas cristalinas
Un concierto melodioso
De nereidas y de ondinas.

Y á aquellas notas aladas
Donde hay suspiros y quejas,
Por las manos enlazadas,
Las figuras animadas
Forman lucientes parejasas.

Rompe un acorde vibrante
La onda dormida del viento,
Y el ejército gigante
Gira cual sierpe ondulante
En compacto movimiento.

Corre luego fugitivo
Dando alegres cabriolas,

Y baila con pie festivo
El vals primoroso y vivo
Que van tocando las olas.

Pártese en largas hileras
El escuadrón resonante,
Y juntas las calaveras
Que de sus órbitas huecas
Lanzan reflejo brillante.

Luego raudo se arrebata
Y semeja torbellino,
Ya presto se desbarata
Y en las arenas de plata
Forma blanco remolino.

Ya las espumas rodea
Y se para á contemplar
Mientras la vista recrea
El rayo que cabrillea
Sobre las olas del mar,

Ó del suelo se desprende
Cual niebla de la laguna,
Y en tanto que el aire hiende,
Disuelto en la luz asciende
Por los rayos de la luna.

Ya corre y se precipita
Formando movible encaje,
Ya gira en rueda infinita
Y dulces versos recita
Al compás del oleaje.

Y siempre vagando inquietos
Por la ribera sin fin,
Cuéntanse amantes secretos,
Y de nuevo hacia el festín
Acuden los esqueletos.

Vuelven la mesa á asaltar,
Y la bronca algarabía
Atruenan de nuevo al mar,
Que entona su melodía
No cansado de rodar.

Corre el vino desbordado
En hervoroso torrente,
Y de conchas coronado
Finge el mármol cincelado
Joyero resplandeciente.

La espantosa gritería
Atruenan el amplio confin,
Y se prolonga la orgía
Hasta que despliega el día
Sus ropajes de carmín.

Cantan las olas en coro
Al ver el alba brillar;
Se borra el festín sonoro,
Y el tropel de conchas de oro
Rueda hasta el fondo del mar.....



¡POR SEVILLA!

CUADRO DE D. MANUEL DE LA ROSA.

EL NÉCTAR DE NUESTROS ANTEPASADOS

(CUENTO QUE TIENE MUCHO DE HISTORIA)

I.



En una tarde de Agosto del año del Señor de 1611, y como dos horas antes de ponerse el sol, los habitantes de la imperial y coronada villa de Madrid, corte á la sazón de la majestad reinante, el *piadoso* D. Felipe de Austria, y tercero de su nombre, abandonando el lecho que ocuparan antes durante el obligado sesteo, salían de sus viviendas en busca de un aire más fresco que aspirar. Damas y gentiles-hombres, frailes de todas órdenes, beatas, hidalguillos, sacerdotes, dueñas, pajes y escuderos paseaban por la villa, sin que faltase alguna

carroza en que el magnate, acompañado de sus deudos, se presentaba al pueblo *pedestre* finchado y altivo; pero siempre — y como aquéllos — para aliviar de algún modo, respirando las frescas brisas del Prado y Huertas de San Jerónimo, el calor que su cuerpo aristocrático despedía, ni más ni menos que al último rufián ó cantador de coplas les aconteciera. En esa misma hora salía de unas casas de fastuosa apariencia, situadas en la calle del Prado, entre el monasterio de Santa Catalina y el de Santa Ana, un anciano caballero, de fuerte aspecto todavía y mezcla de señor y soldado, si hemos de atender al ropaje que cubría su esbelta persona, á la banda roja que cruzaba su pecho, la lengua espada que de su rico tahalí pendía, sus botas altas, su sombrero de grandes alas y vistosas plumas, y por

último, la cruz blanca de San Juan, que sobre el izquierdo lado del jubón ostentaba. Un escudero ó criado habíale seguido hasta la puerta, y después de hacerle una profunda reverencia, se despidió el caballero, mientras aquél volvía á internarse, cerrándola tras de sí.

Dirigióse nuestro Capitán — y tal lo era — con lento andar y atusándose los blancos mostachos y la larga perilla, calle abajo, hasta llegar á la próxima del León; paróse en la primera esquina, arregló las plumas de su sombrero, un tanto descompuestas, sin duda por el ligero ambiente que al declinar el sol ya dejaba sentirse, y empezó de nuevo su marcha por la última dicha, hasta detenerse ante la cerrada y angosta puerta de una casa, más humilde que ostentosa.

— Dios le dé buenas tardes al señor capitán Juan de Urbina — prorrumpió en esto un sujeto que, vestido en traje llano, aparecía en un tenducho antiguo, apoyado en el quicio de su entrada.

— Lo mismo digo á vuesa merced, señor boticario Gómez.

— ¿ Venís á ver á mi virtuoso vecino y tocayo?..... — continuó el primero. — Gran falta le hace que amigos y deudos, como su señoría distraigan la imaginación, harto trabajada, de quien tanto sufre y más merece. Hale dado al señor hidalgo, con sus luengos años, trabajar más de lo justo, y es bien conceder al tiempo y á las circunstancias lo que merecen.

— Habláis como cuerdo — añadió el Capitán, dando al mismo tiempo un aldabonazo en el postigo del modesto albergue, cual si la conversación del boticario le fuese algo molesta, como inconvenientes le parecían las curiosas miradas de los vecinos de las inmediatas casas, asomados á los balcones, y las de algunos grupos dispersos de gente desocupada que parados á distancia se veían.

Bien pronto, al ruido del golpe dado en la puerta, ésta abrióse, merced á una cuerda que desde arriba pendía amarrada al picaporte, dejando ver una escalera estrecha y empinada, que el noble caballero se dispuso á subir, no sin haberse despedido del señor Miguel Gómez con un « Dios le guarde », que contestó, aunque más respetuosamente, el honrado boticario.

Cansado, y como tal, pausadamente, llegó al final de la escueta escalera el caballero, hasta dar con la entrada de una habitación, donde sin detenerse más tiempo que el nece-

sario para dirigir á una anciana dueña ó beata la salutación cristiana, que era entonces de rigor, siguió adelante por un obscuro y tortuoso pasillo, con aire desenvuelto, como quien conoce muy de plano el terreno que pisa, llegando á otra puerta que cubría su hueco á merced de un cortinaje de ligerísima tela, y en cuyo sitio paróse un momento nuestro Capitán.

Antes de pasar adelante, he de merecer á la bondad de la hermosa lectora, ó barbudo ó sin barba lector de este cuento, me permita bosquejar siquiera el aspecto de la pieza ó habitación ante cuya entrada se detuvo el señor Juan de Urbina, pues ya le conocemos.

Pequeña, aunque de alto techo y dividido por el número de maderos que le sostenían, las paredes de cal y el piso de rotas ó desvencijadas baldosas, notábase, sin embargo, en la estancia á que nos referimos algo de sublime, de colosal, de santo ó religioso. Un armario, que debía contener volúmenes, pues algunos dejaban verse á través de la espesa red de alambre y los rotos de tela verde que los cubrían; unas cuantas sillas de badana claveteadas; dos ó tres estampas, entre ellas una de Nuestra Señora de la Merced, resguardadas por sendos marcos de caoba que ostentaban dorados clavos romanos; un crucifijo con su pililla de agua bendita, y de la cual colgaban dos escapularios de la Orden trinitaria: tal era el menaje de la vivienda, aparte de una mesa de escritorio que merece especial mención. Sentado ante ella, y á la decrepita luz que entrara por entre los vidrios verdosos ó ennegrecidos de una rasgada ventana, resguardada por fuerte reja, aparecía un hombre de más de sesenta años, rostro aguileño, el cabello castaño, aunque en muchas partes destácase su blancura; la frente lisa y desembarazada; los ojos alegres y expresivos, que permiten verse cuando los levanta dirigiéndolos á las personas que le acompañan; nariz bien proporcionada, aunque algo curva; las barbas, no muy pobladas, y que debieron ser rubias, se muestran ya plateadas sobre el color vivo, más bien blanco que moreno, de su hermoso aunque varonil rostro, sobre cuya pequeña boca dejan verse unos grandes bigotes. Parece algo cargado de espaldas, y no debe serlo tanto, aunque su actual postura, inclinado sobre el bufete, pueda disimular del todo tal defecto.

Viste jubón de airoso corte y preciada tela, ajustado perfectamente al tronco de la persona, rodeando su cuello rizada y nivea gorguera á la usanza de la época. Sobre la mesa, cubierta con un guardamacé bien usado, y en que escribe el caballero, aparecen aquí y allá papeles, libros, manuscritos dispersos y cosidos; pero todo ello desparramado, sin orden ni concierto, como si el genio que preside no pudiera ó quisiera descender á la minuciosidad de los seres vulgares. La mano derecha del que escribe deja correr la pluma de ave surtida de tinta por un ancho tintero de barro cocido, sobre el papel que delante tiene, mientras el *muñón* de su izquierda, cuyos estropeados dedos, algunos de ellos cortados completamente, dejan conocer su inutilidad absoluta, se apoya negligente sosteniendo el preparado trapo donde las ideas se vierten, al parecer, copiosas y brillantes, como exacto reflejo de aquella redondeada y pura frente que las concibe. A un lado de éste, aunque guardando respetable distancia, miranse tres personas que, asentadas también, conversan en voz baja y entre sí. La de en medio, á quien ro-

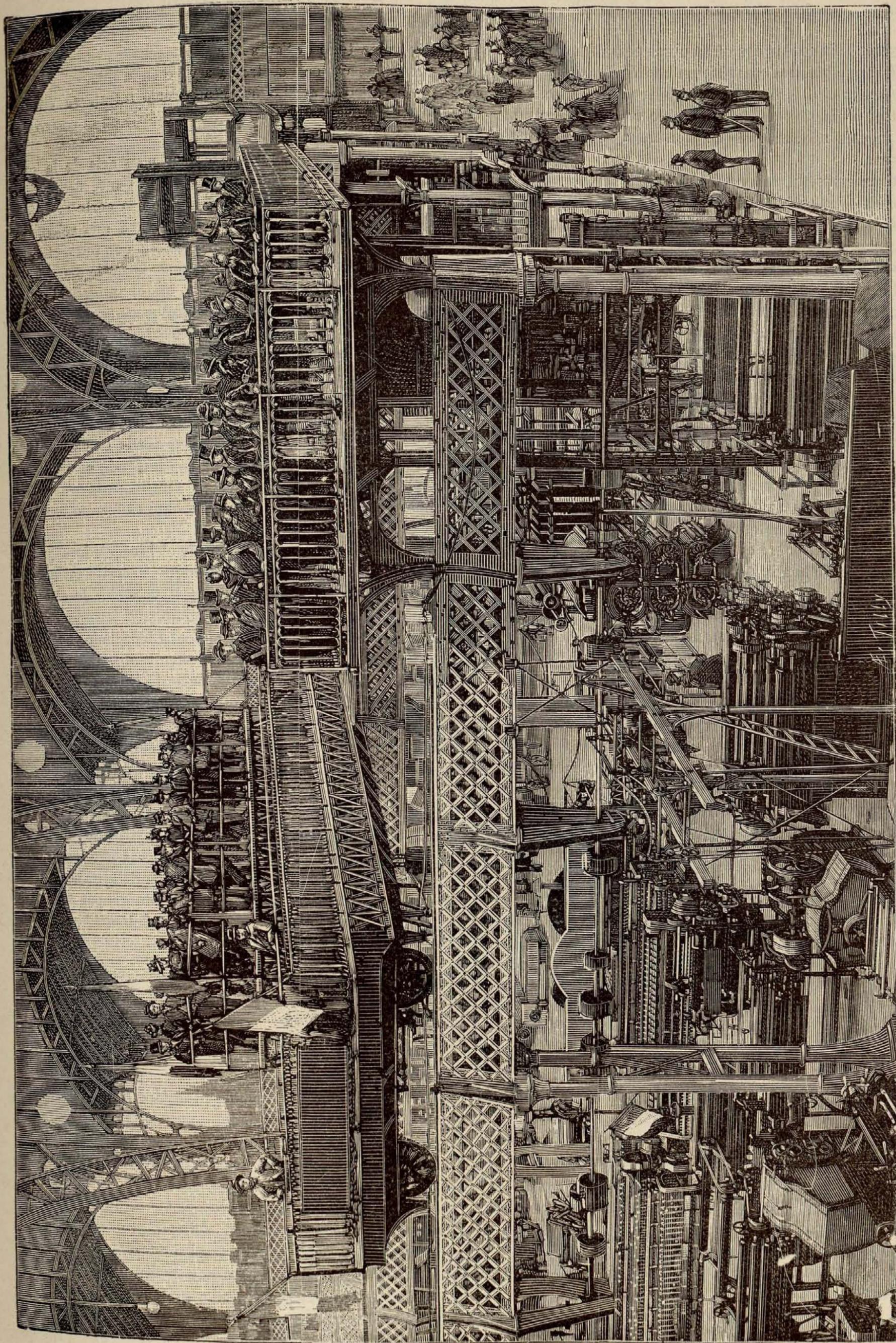
dean las otras, es una señora de precioso rostro, algo ajado, si no por la edad, por los disgustos. El traje que la cubre es negro, y blancos los cabellos de la dama, destacándose ondulados de entre las obscuras tocas que los envuelven. De vez en cuando las miradas de los tres personajes se clavan con respetuosa admiración, aunque nublada de cierta tristeza, en el rostro del anciano caballero, mientras una lágrima imprudente se desprende osada de los azules ojos de la dama, para humedecer las manos cruzadas sobre su saya, ó bien, desvaneciéndose tímida en la calurosa y rosada tez hasta espirar sobre el seno. Un suspiro, apenas ahogado, sirve de nueva savia á la apariencia tranquila de la noble señora, dándole nuevo aliento, y entonces, sus dos acompañantes, que en silencio han respetado su dolor, vuelven al interrumpido diálogo, aliviando así la pena que á su compañera parece embargarla. Durante estos momentos, la mano del escritor marcha veloz unas veces; párase otras como si quisiera reconcentrarse como el pensamiento que la impulsa, pasa, ora sus dedos por la tersa frente ó apóyase ésta en ellos, como si tanto *genio* pudiera aprisionarse por las débiles falanges; y los ojos del dueño bien pasean sus miradas por la estancia, ya se fijan en el papel que delante tiene, ó buscan en el cielo su alivio, para caer luego cansados y tristes sobre la querida faz—y débelo ser mucho,—de aquella mujer que entonces baja los suyos y le sonríe.

—¡Mucho trabaja el señor hidalgo!—Atrévase por fin á decir uno de los hombres, dirigiéndose al *que no da paz á la mano*; el cual, y como si saliese de un éxtasis, abandona la pluma, recuéstase en el sillón donde está sentado, sin duda para ver mejor al grupo de donde ha salido aquella observación, y con acento pausado, melancólico y señaladamente tartamudo, contesta.

—Salíme muy de mañana á oír la misa que, como todos los días, acostumbro en el monasterio de la Merced, á la que tanto debo; entréme luego un pequeño rato en la celda de mi amigo y consolador el Padre presentado Fray Juan de Villafranca; volví á mi posada y púseme á escribir en ratos perdidos, que á ello me lleva la afición, señor licenciado Núñez, mi convecino; y así dejaré yo de escribir para el público como volverme turco.

—Nunca conviene—mi señor y dueño—añade en esto la noble enlutada,—dar tanto asedio al trabajo; antes el descanso concedido á la imaginación, proporciona más lucidez y ardimiento.

—Siempre habláis como lo que sois, mi amada D.^a Catalina—responde el escritor, que levantándose de su asiento, con no ligero paso, se dirige hacia aquélla.—Bien decís—prosigue besando galantemente una de sus manos y sentándose de nuevo en la silla que el licenciado Núñez le presenta;—no obstante—continuó—la vejez camina á grandes pasos; los disgustos acrecen, y vos lo sabéis muy de sobra, amada esposa, los desengaños no amenguan, y quisiera, si Dios no me lo impide, concluir con varias empresas que llevo comenzadas, antes que la muerte me sorprenda. La victoria conseguida por mi buen hidalgo Don Quijote, me fuerza á escribir otra segunda parte, antes que algún envidioso clave sus garras en él, y á más quisiera dar presto concluidos esos doce cuentos que he pensado llamar *ejemplares*, pues que no han de mover á ningún mal pensamiento; antes al contrario, servir han de lección á los que



EXPOSITION UNIVERSELLE DE PARIS. — Los puentes volantes (*ponts roulants*) en la Galería de Máquinas.

los leyeren; sin contar con otras obras como los trabajos de *Persiles*, que quisiera compitiesen con *Heliodoro*, á más de las *Semanas del Jardín*, que también tengo entre manos, con otros productos que en rima castellana habrá de producir el ingenio mío, más versados en trabajos que en dichas y fortuna.

—Gran empresa, señor Miguel de Cervantes, la que os proponéis — añadió el personaje que hasta ahora había permanecido silencioso; — y no dudo que el cielo habrá de ayudaros; que vuestras obras son vuestra gloria y vuestra gloria de la España entera.

—Lisonjero estáis — contesta el *Grande Hombre*; — y sólo un licenciado tan práctico en las lides de vuestros Reales Consejos, pudiera hacer lo negro blanco y lo blanco negro en fuerza de la amistad que me concedéis. Bien quisiera, no obstante, señor Vasconcelos, que fuera tal como vos decís; pero si la gloria me pertenece y quisiera pasarla como patrimonio después de mis días, á mi mujer doña Catalina y á nuestras dos Isabelas, hija y nieta, menguados laureles los que la patria proporciona al escritor que tiene que esperarlos de ella después de muerto. Ni han de faltar para no alcanzarla, los aviesos y traidores dardos de la envidia, ni el desdichoso aplauso del endiosado, ni genio del sutil, que cuando más concederá al pobre escritor una mera simpatía que más le lastime que le honre.

Y así, no hay que hablar de esto; soldado fui y pobre aunque noble, señales tengo de mi valor y amor á la patria, mis talentos me llevaron á escribir y escritor soy; si la posteridad me hace justicia, que Dios se lo pague; de todos modos, mi nombre vivirá tanto como mis obras y ellas duraran; — y al decir esto, los ojos del anciano irradian, la cabeza se iergue altanera, mientras la tez de su rostro se enrojece y la frente espaciosa se ilumina como si el rayo del genio se desprendiese de ella; — vivirán — concluye, — lo que el mundo! Mas he aquí, que tenemos — prosigue haciendo una tramitación y levantándose para dirigirse á la puerta por donde aparece el ya conocido Capitán — la dicha de ver entre nosotros al muy respetable Secretario del Gran Prior de San Juan, mi siempre buen amigo el señor Juan de Urbina.

—No cumpliera como bueno — dice éste quitándose el sombrero y besando una mano de D.^a Catalina Palacios, pues la señora que allí estaba era nada menos que la noble esposa del Grande Hombre — si olvidase la buena amistad y ya antigua que os debo, señor Miguel de Cervantes, á vos y á los vuestros, y creo no estaréis quejoso de mí; pues de ayudaros en medio de los sinsabores que la desgracia os proporciona sin motivo, es de almas cristianas, como es de pechos hidalgos compartir con los amigos y camaradas las contadas dichas que el cielo envía á los venturosos. Pero á bien que vengo cansado, pues los años pesan y es vuestra escalera empinada y difícil. Haceros he un rato de compañía — prosigue el señor de Urbina, descansando en el sitio que Cervantes le presentara — si es que no excusáis dar conmigo un paseo por la villa, antes que el sol decline. La tarde es fresca y parece convidar á ello; y aunque no bajemos hacia las huertas de San Jerónimo, pues la humedad no hará provecho ni á vos ni á mí, que no estamos ya para valentías, iremos hacia el arrabal nuevo de la Puerta del Sol, subiremos luego por el Corral de la Cruz, y bajando por el

vecino monasterio de Santa Ana, daremos otra vez con nuestros cuerpos, vos en vuestra casa y yo en la mía.

Una mirada de reconocimiento pareció retratarse en los ojos de D.^a Catalina, y una sonrisa se dibujó en el rostro del autor de *Gulatea*.

—Que me place — repuso éste; — y pues sois de la opinión de mi vecino el boticario y del Dr. Cano, un médico tobosino, que en su estancia ha poco en la corte me prescribió el ejercicio como remedio higiénico á mis achaques, he de complaceros; y para que no digáis que tomo tiempo en pensarlo, que fuera ya á esta hora de la tarde encubierta excusa, dispuesto estoy, y si alguno de los amigos, el señor licenciado Núñez ó el señor licenciado Vasconcelos quisieran seguirnos, Dios sabe si se lo agradeceríamos, y no digo los dos, pues sé que no ha de quedar sola mi señora D.^a Catalina.

—Yo habré de acompañarla, si ella quiere y vos no os oponéis, señor vecino — añadió el licenciado Núñez.

—¿Y cómo he de oponerme? Antes bien os lo ruego. Y puesto que vos habéis de quedaros — añade el ex cautivo vistiéndose un ferreruero color grana y tomando el sombrero de anchas alas y de vistosa pluma, y ciñéndose la espada, — el señor licenciado Vasconcelos nos hará compañía al Capitán y á mí.

—Con harta satisfacción — añade el Licenciado — y aun algo de egoísmo; que algo, y aun algos, necesita mi cuerpo de movimiento, si ha de rebajarse el volumen de él, más á propósito ahora para canónigo que no para letrado.

Kiéronse todos de la ocurrencia del Licenciado; besóle la mano Cervantes á su esposa; hizo otro tanto el Capitán, y saludando Vasconcelos, despidiéronse de Núñez, bajando á la calle Cervantes, Urbina y el abogado de los Reales Consejos.

Abrióse á poco la puerta de la calle; salieron los tres, y sin ver al boticario Gómez, que sin duda se hallaba dentro de su tienda preparando alguna medicina, que de otro modo nunca hubiera dejado la ocasión de saludar á su *sin rival* — así le llamaba — vecino el hidalgo Sr. Cervantes, siguieron los tres camaradas el trozo de calle hasta llegar á la de las Huertas, no sin llamar la atención de algunos curiosos que conversando se hallaban formando grupos á la otra parte de la calle del León, es decir, en el *Mentidero de los Comediantes*.

II.

—A bien que hemos tomado el camino más largo — observó con razón el Licenciado, — pues para ir al arrabal nuevo debimos subir por la del Prado en vez de seguir las Huertas; pero á bien que al llegar á San Sebastián podremos bajar y enmendar el camino.

—Tiempo queda todavía, pues apenas serán las cinco, y aun los días son largos — añadió el Capitán.

Preocupado y cabizbajo caminaba en tanto Cervantes, como si honda pena conturbase su espíritu, ó su gran imaginación ocupada estuviera en allegar ideas á la mente para los grandes designios que la Providencia le deparaba, cuando al llegar cerca del cementerio de San Sebastián, al levantar

su cabeza, que más que al cielo á la tierra se inclinara, sus ojos se abrieron aun más de lo ordinario, el color de sus facciones palideció y cierto sacudimiento nervioso denotó que alguna impresión, siquier no fuese satisfactoria, se había hecho dueña de aquella especial y valiente naturaleza. Repúsose, sin embargo; volvió su mirada á otros puntos como si quisiera distraerla, y quitándose el sombrero que sujetó con el muñón de su izquierda mano, pasóse por la frente su derecha como si quisiera arrancar de ella el peso que la oprimía.

—Preocupado váis, mi querido amigo—dijo en esto el Urbina, notando el silencio del hidalgo.

—No tal; pensando iba cómo el destino arrastra á los hombres sin que éstos puedan resistirlo y sin que sea posible atajar sus golpes, ni la fuerte voluntad, ni el ánimo sereno. Después de tanto batallar con el mundo, al fin de la contienda, la víctima es siempre víctima y el verdugo verdugo. Ni son bastantes á saciar la sed de crueldad de aquella esfinge del género humano los aviesos golpes del mundanal concierto, si que logran aumentarlos otros de tan singular índole, como que se vienen sin buscarlos aun dentro de nuestra casa ó en la misma calle.

—Decís bien, señor Cervantes—repuso el Licenciado.—No hay que ir contra el destino, cuyos decretos escritos en su libro no admite vía apelativa, y así debemos llamar á las puertas de la resignación, única enemiga de aquél. Vues-

tra merced es claro espejo de lo que digo, pues sólo la paciencia cristiana y como conviene á un hombre de vuestras prendas de que habéis durante los días de la vida hecho ostentoso alarde, fuera capaz de elevaros en las alas del genio que os remontará al mismo cielo.

—Y como dice perfectamente el señor Vasconcelos—añadió el Capitán.

Mientras esto pasaba y siguiendo la dirección de frente á

nuestros personajes, un clérigo que había salido del mencionado cementerio ó de la contigua iglesia de San Sebastián, bajaba con mesurado paso la calle de las Huertas, los manteos recogidos, la vista baja, y ostentando al lado izquierdo de su traje talar la gran cruz blanca de Malta ó de de San Juan. No era muy apartada la distancia que de



D.ª MARÍA TUBAU DE PALENCIA, DISTINGUIDA ACTRIZ ESPAÑOLA.

aquéllos le separara aún, cuando levantando la cabeza, un tanto sorprendido, clavó su mirada de águila sobre el grupo que iba acercándose. Era el tal un hombre que apenas pasaría de los cincuenta años, de estatura más bien baja que alta, el rostro grave, la color biliosa, los ojos azules; un ligero bigote casi negro y muy retorcidas sus guías adornaba el labio superior de una boca fina y dura, mientras el inferior se alzaba sobre una perilla recortada y un tanto canosa.

El cuerpo era delgado en fuerza de ser su temperamento señaladamente nervioso. Todo en él denotaba un hombre superior, aunque muy pagado de sí mismo.

—Mi señor pariente el capitán Juan de Urbina y el señor Miguel de Cervantes..... ¡Que Dios sea loado!—dijo el clérigo, como si hablara consigo mismo, mientras el gran héroe de Lepanto, en el mismo tono y con la propia intención, prorrumpía, algo alterado el rostro:

—¡El bueno de D. Lope es éste!..... ¡Donoso encuentro, á fe mia!

Pocos pasos distaban entre el clérigo y los tres compañeros, cuando el del traje talar, quitándose por un momento el sombrero de teja que cubría una frente alta y despejada, dirigióse con ambas manos al Capitán:

—Dios le dé buenas tardes á mi pariente el señor Urbina y á sus amigos, que, si no me engaño, uno de ellos es el celebrado autor de *Don Quijote*, el señor Miguel de Cervantes, á quien siempre he querido bien, por más que algunos maldicientes digan de él y de mí lo más lejano á la verdad.

—Nunca creí de lenguas ligeras, señor don Lope—contestó el manco de Lepanto, siempre con el sombrero en la mano como sus dos colegas, que así era costumbre entonces cuando se hablaba con autoridades, y más si eran eclesiásticas y de la magnitud de un Lope de Vega, y mi lector ya habrá conocido que de éste nos ocupamos;—ni menos—prosiguió el gran Cervantes—de gente maleante, que sólo entretiene sus ocios en buscar rivalidades donde no puede haberlas, que nunca logrará competir con la luz del sol la tibia y macilenta del astro de la noche. Y así, señor don Lope, bueno será doblemos la hoja; que si yo he merecido á vuestra merced cumplidos elogios por mi humilde creación del *Hidalgo*, yo, haciéndoos justicia, reconozco en vos, y así lo confieso, el mérito que se os debe.

—Encuentro feliz es éste, señores—prorrumpió el capitán Urbina—puesto que vemos frente á frente á los dos más sobresalientes ingenios de la corte haciéndose justicia. No hay más en esto—continuó después de una pausa—que una cosa, que ha de permitirme decir en gracia al parentesco, á la amistad y á la rudeza del soldado, y es: que para dos genios como Cervantes y Lope de Vega, el espacio de las calles de Francos y del León es estrecho para contenerlos: vivieran el uno en mi casa de campo del arroyo Abroñigal y en los confines del arrabal de San Martín el otro, y fuera difícil el encuentro de los que son emporio de la corte y tiempos andando, gloria de la española gente.....

—Cuando no del mundo civilizado—interrumpió el licenciado Vasconcelos, mudo hasta este momento desde la presencia del respetable y respetado clérigo.

A tales palabras desarrugóse un tanto el rostro del ex soldado, de Cervantes, su boca sonrió, mientras la tez pálida del fecundo poeta, de Lope de Vega, tomaba cierto color rosáceo, como si la satisfacción recibida fuese mutua en los dos personajes, como lo era ciertamente su gloria.

—Siempre seremos amigos, señor Cervantes—dijo á éste su levantado rival, alargándole las dos manos, que aquél estrechó en la única disponible, mientras contestaba entre triste y satisfecho:

—Siempre, señor don Lope.

Besaron las manos de éste los otros dos, Urbina y el licenciado, mientras Lope de Vega seguía por la calle mencio-

nada, sin duda con dirección á su morada de la calle de Francos.

Buen espacio le siguieron las miradas de Cervantes, que habíase quedado inmóvil, como así Urbina y Vasconcelos, cuando, dando un paso adelante y volviendo la espalda, como con intención de proseguir su interrumpido paseo, de su boca, y cual un murmurio, dejó salir estas palabras:

—¡Monstruo de la Naturaleza!

Verdad es que, al fin, esta frase podría ser contestación á otra que, casi en el mismo momento, desprendíase de los labios del todavía joven Lope de Vega:

—¡A no existir un Cervantes, Lope no tendría rival!

III.

Dejemos á los unos marchar hacia el Hospitalillo de San Andrés, fundado por el emperador Carlos I para criados enfermos de su corte, y al cura entrar en su apacible casa de la calle de Francos; en tanto nosotros nos trasladamos á una *alojería* que, contigua, ó por lo menos cercana, al *Corral de la Cruz*, existía en los tiempos á que se refiere este cuento que, como va dicho, tiene mucho de histórico, y por tanto de verdadero.

Ocupaba aquélla un piso á la calle con dos puertas, adornadas en sus lados por una especie de cortinaje de roja percalina. El espacio de la tienda, si no grande, era lo suficiente á contener en ella hasta unas doce ó trece mesas de pino de Valsain, de que también eran formados los taburetes ó banquillos, sobre los que se sentaban los asiduos concurrentes y aficionados á la aloja, bebida que en aquellos tiempos era general para todos los españoles *pueriles*, y más de los cortesanos, que refrescaban con ella en los calurosos meses del verano, ó enardecían su sangre en los frescos del invierno, pues la *élebre aloja* disfrutaba de ambas cualidades. Era, y fué durante siglos, el *néctar* de nuestros antepasados.

Un mostrador, ó al menos lo parecía, se encontraba en uno de sus rincones, donde los vasos, ó más bien cubiletes, y vasijas de varios tamaños, jarros y botellas, dé distintas formas, se confundían al lado de una especie de aparador colgado, en cuya altura, y bajo un pequeño templete, se cobijaba la imagen de Santa Ana, patrona y abogada de la villa. Una trampa, casi siempre abierta, daba entrada, en el suelo, al sótano que resguardaba las tinajas donde la aloja se cosechaba, y por último y para completar el cuadro, un mozallón, como hasta de veinte años, destinado á subir la bebida á la tienda, una moza, no mal parecida, que servía á los parroquianos, y un hombre, como de cincuenta navidades, rojo como amapola, de cara redonda y abultada, de vientre voluminoso, cubierta su cabeza con una gorra blanca de estilo flamenco, mandil largo sujeto al cuello y á la cintura, todo esto sustentado sobre unas piernas delgadas y largas á lo gavia. Estos tres tipos constituían la principal base de la *alojería*. Llamábase el último maese Pedro Fernández de Villabul, natural de Valladolid, y maestro examinado por el gremio de alojeros de la antigua corte.

Diferentes eran las personas que llenaban, puede así decirse, en la hora que tenemos presente, la más aristocrática

tienda en que se servía, en los tristes días del reinado del señor don Felipe III de Austria, la bebida genuinamente española. *Señores, caballeros y ciudadanos* se confundían alegremente, aunque guardando siempre el respeto á la sangre, á la clase y á los merecimientos. No se hablaba de política, aunque se condoliese la mayoría del decaimiento de nuestras armas, de lo mucho que podía esperarse del joven Príncipe, á quien estaba destinada la corona de España, y por fin, y de esto sí se hablaba mucho, de las funciones religiosas que se celebraban á diario en el sinnúmero de conventos, monasterios, iglesias y parroquias que inundaban la villa de Madrid, y del éxito de las comedias de Lope y Tirso. Las augustas personas de los reyes de España se encontraban fuera de discusión, como no fuese para encomiar la beatitud del rey, la hermosura de doña Margarita de Austria, la esbeltez del Príncipe de Asturias; y si alguno recordaba la reciente expulsión de los moriscos, la *tregua de doce años* y la miseria de la gente de guerra, hacíalo siempre cerca del oído del vecino, aunque en mengua, todas las veces del Duque de Lerma, y más aún de su secretario don Rodrigo Calderón.

Pero habremos de prescindir de todos los concurrentes, para fijarnos sólo en dos personas, que cerca de una de las dos puertas y por tanto de la calle, sentadas á una mesa y frente el uno del otro, conversaban amistosamente, mientras saboreaban la deliciosa bebida que á lo dulce de la miel unía el narcótico de la nuez, y el excitante del clavo y de la pimienta.

Rayaba el más viejo sobre los sesenta y cuatro años, su cabello cortado y blanco como la nieve hacían resaltar el pálido y amarillento color de su tez cubierta de arrugas, y en el cual se destacaban unos bigotes y perilla largos, tan claros como sus cabellos. Los desengaños debieron haber dejado hondas huellas en el rostro del caballero, y así las arrugas que los surcaban y el hondo entrecejo de su frente, pugnaban por hacer más viejo, al que sin ellas, pudiera ocultar algunos años sobre los que efectivamente tenía el personaje á quien hemos de conocer después. Si á lo expuesto se une la ropilla toda negra de que iba vestido, el sombrero negro también aunque con pluma blanca adornado, y la ligera aunque rizada gorguera que apenas dejaba ver el alto cuello de su ropaje, tendremos idea aproximada para conjeturar de la importancia del sujeto.

El compañero de éste, de aire socarrón y malicioso, era grueso, de facciones bastas, un ligero bigote más oscuro que claro, y en armonía con el cabello que ocultaba una especie de casquete encarnado, vestía un traje, ni de noble ni de plebeyo, pero que cubría uno, á especie de *sobre todo* ó gabán guarnecido de pieles un tanto deterioradas, ó mejor, apollilladas en fuerza del continuo uso. Representaba frisar en los cincuenta y tantos años.

Cerca de ellos, de pie, y en aptitud respetuosa y aun con la gorra en la mano, se encontraba el dueño de la alojería, quien entregaba al último que hemos retratado en el momento que describimos, unos papeles que del interior de su traje de pañete de Segovia, había sacado.

—Aquí los tenéis, señor Vicente Espinel—decía á éste maese Villabol—y bien habréis de ver en ellos cuán puestos en razón estamos los alojeros maestros que de la antigua Corte vinimos á ésta de Madrid, por gracia de nuestro señor

el Rey—y aquí saludaron los otros,—donde ni se despachaba y menos se hacía la buena aloja, con harta pena de la república.

—Y decís muy bien, maese—contestó el llamado Espinel, disponiéndose á leer los papeles que habíale entregado el alojero.—Y habré de deciros mi parecer; y aun añadiréis el respetable—continuó el primero con algún tanto de chunga,—de mi bueno y querido amigo el señor Juan Rufo Gutiérrez, de tanta más valía cuanto viene de un procurador á Cortes que fué en los tiempos de nuestro difunto monarca el señor don Felipe el *Prudente*, que de Dios haya.

—Valiéraos más, compañero, no recordar la soga en casa del ahorcado—prorrumpió el llamado *Procurador*, un si no es entre mohino y pesaroso,—y pues sois mordaz por naturaleza y patria, añadid si queréis ser verdadero, que mala Procure fué aquélla, y si á juzgar voy por el éxito que obtuve, podrá sacarse la consecuencia de ésta.

—No haya más—contestó el maestro Espinel.—Sólo la buena y antigua amistad que nos une es bastante á probaros la poca razón que lleváis, señor Gutiérrez, para resentiros.

—Vaya adelante, amigo; y pues vais á leer, holgaréme en escucharos, aunque siempre seáis el camarada más burlón que he conocido, si no es que don Luis de Góngora os aventaja.

—Allá iremos, señor Juan Rufo, y pues habeisme dado permiso, con él empezaré á leeros estas *Ordenanzas* (1). Y dicen así, en el nombre del *Padre*, del *Hijo* y del *Espíritu Santo*.

Y los tres se santiguaron.

«Ordenanças de Los alojeros de estabilla de madrid Corte de Su mag.^a

»Pedro hernandez de Villabol Ydiego Locano y Pedro de Villegas diego Lorenzo Francisco alvarez gaspar antonio Luis LopeZ pedro Fernandez alonso mendeZ Y domingo mendeZ gonzalo Fernandez Y sebastian de castañeda Y Juan pichon y pedro Lorenzo pedro garcia Y diego gonzalez Y miguel de caliz Y Juan nieto Y hernando de aguaYo alojeros de esta corte. Y el mismo Pedro hernandez de Villabol y pedro garcia conpoder espeçial que tenemos de todos los demas para haçer Las hordenanças que conbienen para haçer El aloxa que sea devender Y gastar en esta corte que Sea buena Y lleve las cosas neçarias decimos que mobidos con buen çelo Para queno aYa fraude en la dha aloJa. por La Utilidad del bien comun Y de las personas que La bebieren Y que la puedan gastar con seguridad todos decomun consentimiento suplicamos alos señores presidente Yo Ydores de Sumag^a de su real ConseJo de JustiZia manden guardar Ye executar Las hordenanças sigientes.»

—Buen introito, señor Vicente Espinel, dijo á esta sazón su compañero.

—No es malo, mi querido amigo; y todo se necesita si nosotros los castellanos y más los paseantes en Corte, hemos de beber buena aloja, en vez de la mala que usaron los madrileños cuando entró su villa en el paréntesis de Corte, que llenó Valladolid. Pero todo sea por Dios, y os ruego no volváis á interrumpirme si queréis que esto se concluya bien y pronto.

(1) Existen originales en poder del autor de este episodio.

—Por mí no he de desplegar mis labios,—repuso el maese Villabol.

—Pues yo digo lo mismo, y adelante,—concluyó el señor Juan Rufo.

Y continuando la lectura, siguió así el maestro Espinel.

«1 Primeramente hordenamos que todas Las personas de esTe arte que ayan de tener aloJeria primero que seles consienta poner tienda aYan de Saverhacer por su persona El pie de la dha aloJa Y Se es samien Los behedores Yno le allando Suficiente no Leden licencia.

»2 Yten hordenamos que el Pie dela aloJa para que aYa de ser buena y bien fabricada aYa de llevar Y lleve en cada dos açumbres deagua un quartillo de miel Yal rrespeto hasta acavar de haçer el dho pie hechando cada dia quatro açumbres de agua Y media açumbre de miel hasta que Yerba de SuYo dentro de La tinaJa. quando se haZe Como si fuera bino sopena que el queansi no lo hiçiese aYa perdido y pierda Los materiales que tubiere Para ello Y mas quinientos maravedís de pena aplicados de nunciador camara Y Juez Por terçias mas hordenamos que Para este fetto ayan de haçer un talego de espeçias de cantidad de un quarteron de canela y otro de pimienta dos honças de nueçes de espeçias dos de clavo pocomas ó menos Yeste quebrantado a medio moler. Yel dho talego A de ser lienço crudo rralo Yesto sea de hechar en la tinaJa de manera que cada tinaJa tenga un talego sopena que Siansino Lo hiçiese tenga de pena seiscientos maravedís Por terçias Ysea desprivado de oficio.

»3 y ten hordenamos queningun a loJero despues de hecho el pie Como ba dho con las cosas necesarias no Lo pueda bender aningun otro aloxero para que conello enpieçe a haçer aloJa sobena de seiscientos mars aplicado porterçias y sea privado de oficio.

»4 Y tenmandamos que ningun aloJero ponga nitengamas de una tienda udos en esta corte ofuera della para bender aloJa porque poniendo mas no Lo puede servir bien y es decesario que El maestro este presente para ber las mudanças que La aloJa haçe conforme alos tiempos Yestas tiendas ayan de ser en partes y sotanos frios Ysi hiçiere Lo contrario pierda Los materiales Ya pareJos que tubiere en las demas tiendas y que la espeçia sea nueva Y buena. Y Los sotanos Esten limpios y vien ocondicionados Y no sea donde aYa avido cavallerías ni donde aya camas sino en bodegas Y sotanos frescos Lo qual guarden y cumplan sopena de seiscientos maravedís aplicados porterçias partes y mas privacion de oficio.

»5 y ten ordenamos que La miel que se hubiere de hechar en la forma a tras rreferida sea miel buena. Y de buen sabor amarilla o blanca y no morena ni amarga ni miel baJa de retama, tal que sea accontento de los behedores y que Los maestros aloJeros que tubieren tienda tengannucha cuenta de limpiar Los pies del aloxa y colar El dho Pie cada semana y fregar Las tinaJas Yestomas á menudo entiendo de calor queno de frio sopena de seiscientos mars aplicados por terçias partes.

»6 y ten hordenamos que las tinaxas. De la aloJa sean de caver catorçe cantaros. para quesele heche tres açumbres. y media de miel osi fuere mayor o menor al rrespeto de como ba dho con su taleguillo de especia mui limpio y bien acondicionado y se mude La especia de el taleguillo de En diez en diez dias Ysi sobrare aloJa hechade un dia para otro para bender della El diasiguiente La ayan de trasegar. en otra tinaJa Limpia hechandola La miel necesaria quitandole El taleguillo dela espeçia y altercero dia no la benda sopena de mill maravedis aplicado por terçias partes.



ENRIQUE TAMBERLICK.—LLAMADO «EL REY DE LOS TENORES».

Nació en Roma en 1820; † en París el 14 de Marzo de 1889.

»7 y ten ordenamos. que cada aloxero aya de tener por lomenos. seys tinaxas de agua limpia Y buena. y quenose pueda. dar licencia ni examinar ningun aloJero que no sea cristiano viexo de buen crédito y costumbres naçidos dentro de españa porqueen esta bebida no se hechen algunas cosas malas Y porque tengan siguridad los señores y cavalleros y çiudadanos que la beben. y que en las aloJerías ningun maestro pueda tener ninguna muJer soltera de sospecha ni de mala bida y costumbres sino fuere casada o biuda muxeres honrradas y sin sospecha. y silo contrario Yçieren Los Vehedores hechen las tales personas. sos pechosas. fuera de las aloJerias y no las puedan bolver arrecevir los maestros sopena de mill mrs. a plicados por terçias partes. camara JueZ Y denunciador.

»8 y ten ordenamos. quecada un año el sigundo dia dela pascua de rresureçion todos los aloxeros exsaminados y de tiendas. Seamos obligados aJuntarnos a cavildo en el monesterio dela merced de esta villa Yallí Juntos por botos endios Yen nuestras Conçiençias nonbremos. dos personas hombres honrrados yde sastifaçion Ya Provacion que aYan sido aloxeros mucho tiempo Yal presente nolo sean Los quales sean behedores aquel año y en el tengan mucho cuidado de visitar las aloJerias y castigar. Lo que vierenque esnecesario denunciando y prendiendo y tengan particular cuidado de que si exsaminaren algun aloxero sea persona. hombre de vien. Y oficial quelo Entienda muY vien y que aya estado dos años con maestros que Lo ayan en señado El arte y sino quenno Le exsaminen niden liçençia yal que exsaminaren Le den su titulo para que pueda usar. El dho o ficio y Los dhos vehedores Juren de hacer su ofiçio vien Y fielmente sin fraude nicautela alguna.

»todas Las quales dhas ordenanças Con las penas Ycon diciones. En ellas contenidas Ydeclaradas son neçesarias Ycon venientes y Juramos a dios en forma de derecho que es necesario La confirmacion dellas Ysuplicamos al supremo conseJo de su mag.^a Las confirme y Lo firmamos Los que sabemos en madrid A doçe dias del mes de agosto de mill seiscientos yonçe años = Fran.^{co} davila — Fran.^{co} alvareZ — p^o fernandez de billabol — F^{co} sanchez.»

—Venturoso yo, maese Villabol—dijo Espinel devolviedo á éste los papeles,—y todos los bebedores de aloja, que su Majestad (Dios le guarde) apruebe tales ordenanzas, por lo bien escritas y dispuestas; y así, dareos mi enhorabuena de antemano.

—Lo mismo digo—añadió el ex Procurador por el rey D. Felipe II.—Y más, que veo lleváis el negocio de prisa, pues va ya firmado por Francisco Dávila, si no me engaña la memoria, antiguo procurador de los Reales y Supremos Consejos.

—Esa es la verdad, señor caballero—contestó el dueño:—que estas cosas hay que llevarlas de prisa, antes que se malogren. Fáltanos solamente el letrado, y Dios dará con él, ó poco habrán de poder mis compañeros que viven ricos y retirados, pues ellos se encargarán de buscar uno bueno y de nota.

—Paréceme, compadre, que acertasteis en seguir el arte; y á cogermel joven—añadió el maestro Espinel,—rogáraos me tomaseis de aprendiz; que más había de ganar que con las letras; y así opinará mi compañero; pues ni él con su *Austriada* y sus *apotegmas*, y aun con su Procura, ni yo

con mi *Casa de la memoria* y mis líricos versos, saldremos de azotes y galeras, como gente forzada. Pero—y añadió levantándose y mirando á la calle con gran atención,—si no me engañan los ojos, el señor Miguel de Cervantes, nuestro gran amigo, pasa por enfrente. Llamadle, maese, que, aun acompañado, alegrarse ha de ver á sus colegas, como nosotros á él.

—Así lo haré—contestó el patrón saliendo á la calle,—que el señor Cervantes es antiguo parroquiano, desde Valladolid.

IV.

—Veislos aquí ya á estos tres señores que me siguen—dijo el maese Villabol, entrando de nuevo en la tienda, aunque sin abandonar los papeles de la mano.

—Mi querido y antiguo amigo—prorrumpió Espinel, levantándose y abrazando al sin par Cervantes.

—¿Vos en la corte?—añadió éste gozoso, correspondiendo al cariño del que, años andando, había de vituperarle muerto al publicar su *Marcos de Obregón*.—¿Y vos también, mi buen señor Juan Rufo?—siguió, dirigiéndose á éste, que le estrechaba con las dos manos.

—Aquí nos tenéis, antiguo y querido amigo. Sentaos. ¡Eh, patrón! mandad traer taburetes para estos señores—dijo el bueno, aunque también desgraciado autor del poema *La Austriada*.

—Bien haya el señor capitán Juan de Urbina—repuso Cervantes, tomando asiento alrededor de la mesa, como asimismo sus dos compañeros de paseo,—pues á él debo la grata ocasión de saludar á mis dos más buenos amigos, el maestro Espinel y el señor Juan Rufo Gutiérrez.

—Yo me doy la enhorabuena por ello, pues sabéis me gusta la gente de letras—dijo el Secretario del gran Filiberto de Saboya.

—Y á mí, aunque letrado—añadió el licenciado Vasconcelos.

—Pues así y todo, acabamos de leer ciertas ordenanzas—dijo Espinel—sobre el modo y forma de hacer bien la aloja y de venderla, y de ello, más habéis de entender vos, señor Licenciado, que el señor hidalgo Cervantes y nosotros y aun el señor Capitán.

—Bien podrá ser, á lo que se me acuerda—dijo el Licenciado.

—Á bien que á todos interesa—añadió el señor Juan de Urbina, sorbiendo algo de la bebida que en tres brillantes cubiletes habiales traído á los nuevos entrantes la moznela de que ya tenemos noticia.—¿De adónde buena moza?—prosiguió, dirigiéndose á la rolliza joven.

—De Valdecastillas, señor, para servir á Dios y á vuestra señoría.

Enrojeciósse algo, oyendo esto, el rostro del *manco sano*, miró á la moza, y una leve sonrisa desplegó los pequeños labios de su boca. Oyóla también el huésped, que despachando en el mostrador estaba, y añadió:

—Honrada como pocas, aunque doncella es la castellana; y aunque gana quinientos maravedís al año de soldada, calzar y mantención, bien merece más.



SORPRESA

—Y á propósito, seor huésped, yo desearía—repuso el licenciado Vasconcelos—ver esas ordenanzas de que hablaba el señor Espinel, por cuanto tengo hecho un escrito, el cual va conmigo—y sacóle,—que encargóme, para este San Joaquín hará ocho días, mi compadre el ricote Eduardo Alonso y Bustamante, alojero jubilado; y como quier que el dicho convecino en mi barrio de las Aguas marchóse, hará esa fecha, dejándome un borrador dellas, hacia la aldea de Canillas, á cultivar una gran hacienda que allí posee, siempre estrecha para él, que parece finchado cual portugués, quisiera leer las vuestras agora, y habré de entregaros dicha petición para los señores del Consejo de su Majestad, si es que no son otras ordenanzas y otro negocio que el de mi compadre.

—El mismo es, señor Licenciado—repuso Villabol, de jando el despacho á cuidado del mozo y acudiendo al grupo de amigos;—que así lo encargamos, yo y mis compañeros, al rico y retirado Alonso Bustamante. Ved las ordenanzas—añadió entregando los papeles á Vasconcelos,—y si merecen vuestra aprobación, como la han tenido del señor procurador Francisco Dávila, que con nosotros las firma, no hay sino manos á la obra, y presentarlas con la demanda á los señores del Consejo Real.

—Y va de casualidades, señor Miguel de Cervantes—repuso el Capitán.

—Como ellas acaben en bien, que vengan muchas, señor Juan de Urbina. ¿Y en qué ocupáis vuestros ocios?—añadió Cervantes dirigiéndose á Espinel.

—Ando á la mano—respondió éste—con un cierto escudero llamado *Marcos de Obregón*, que quisiera fuese su vida agradable á aquellos que la leyeren. Por lo demás dentro unos días, después de besar las manos á nuestro cristiano protector, el Eminentísimo cardenal Sandoval y Rojas, volveréme á Granada, mi patria, que ya siento hartazgo de corte.

—¿Y vos, mi respetable Juan Rufo?

—¿Qué hacer, mi antiguo amigo—contestó éste con sentido acento,—sino volverme á Córdoba dentro de poco, con mis hijos D. Juan y D. Luis á llorar la mejor parte de mi edad perdida por falta de arrimo y protección. Soy además viejo, aún más por los quebrantos y sinsabores, y la muerte no ha de tardar, según creo y casi deseo, que mis fuerzas no están hechas á prueba de ballesta de garriyanos

—La resignación nos la dé á todos, que bien la necesitamos, mi querido compañero—añadió Cervantes.

Concluyó en esto el licenciado Vasconcelos su lectura de las ordenanzas y devolviendo al patrón los papeles

—Tomad, entonces—le dijo,—el escrito que me reclamó el compadre, pues corre prisa y ya tenéis buscado procurador que os represente.

—Gracias, señor licenciado—contestó maese Villabol, guardándolos.—Pero bueno sería me lo leyéreis y á estos señores, que por cuanto se han tomado gran interés en lo de las ordenanzas, merecen oír la petición que escrita por vuesa merced, debe ser de perlas como es el papel donde va extendida, que si no me engaño, es ceptí.

—Pues aunque fuera toledano ó de Barbadillo—repuso Vasconcelos.—Venga acá, pues, el escrito, que yo lo leeré con gusto siquiera por oír la autorizada opinión de este congreso.

Y tomando el papel, leyó en voz clara aunque con tonillo curialesco, lo siguiente:

«Muy poderoso señor=*Fulano de tal...*—Aquí pondrá el señor Davila su nombre que va en blanco—dijo, interrumpiendo la lectura:—Ya de sobra lo sabe.—Y continuó el Licenciado:—«en nombre de Pedro Fernández Villabol, Diego Lorenzo, etc., alojeros desta corte, por sí y por los demás alojeros della—digo que movidas mis partes con buen zelo y por el bien común, respecto de que la aloja que se gasta en esta corte es para el regalo de muchas personas della, y si se hace como se debe hacer es muy útil y provechosa para la salud, y al contrario si no se haze como se deve y se le da el punto necesario, y si en su compostura no se echan las especias, y miel, y otras cosas en la cantidad y calidad que es necesario puede ser dañosa y para que esto cese y siempre la dicha aloja salga buena y con su punto, y las personas que usan della lagas ten con seguridad da su salud an acordado de hazer estas ordenanzas y presentarlas ante V. Alt. para que las mande ver y examinar, y vistas y examinadas las mande aprobar y apruebe para que se use dellas por todos los alojeras desta corte y conforme a ellas se haga la dicha aloja y se venda y gaste debajo delas penas en las dichas ordenanzas contenidas o de las que a V. Alt. pareciere, y que se nombren dos beedores personas que ayan sido alojeros diestros y prácticos ynstructos en el arte y visiten las alojerías y tiendas donde se vendiere la dicha aloja y se cumplan las dichas ordenanzas en todo (que hay muchos en esta villa que son ricos y andejado los dichos oficios, y concursen en ellos las calidades que son necesarias para poder ser beedores en el dicho oficio).—Pido y suplico a V. Alt. ansi lo probea pues es justicia la qual pido y para ello, etc.—*El Licenciado Vasconcelos*» (1).

—No dijera más Bártulo y Baldo, ni aun el mismo Justiniano, que lo dice vuestra merced, señor licenciado, en eso de la aloja—repuso el socarrón Espinel.

—Bien me apuntó, á mí y á mis compañeros el ricote Alonso, que buscar había el mejor letrado de la corte—concluyó el patrón volviendo á tomar y guardar el escrito.—Y gracias doy á Dios y á nuestra patrona la Señora Santa Ana, que así ha dispuesto el encuentro con estos caballeros, como asimismo se las doy al señor licenciado, aparte lo que en justos honorarios se le debe.

A todo estuvieron conformes Cervantes, Urbina y el señor Juan Rufo, más atentos, sin embargo, á la hora que á la petición de los alojeros; que pues la del toque á las Ave-Marías se aproximaba, ellos bien quisieran abandonar la tienda; y así dejando sus asientos, el señor Urbina fuese á pagar el gasto que de ningún modo quiso admitir el maestro Villabol, antes, con muchas protestas de respeto, le suplicó perdonase la deuda por entonces, despidiéndose para otro día:

Salieron los cinco amigos, y ya en la calle vieron que las vendedoras iban á buscar las salidas de la villa en dirección á sus aldeas, señal de retirada á las guaridas respectivas de toda persona de sentadas costumbres, que la noche en aquellos tiempos, servia sólo á los aventureros, los galanes y los malandrines, como no fuera á los señores de la corte

(1) Auténtico.

si tratábase de fiesta ó reunión de alto copete. Encamináronse, pues, hacia la calle de la Gorguera, donde de nuevo se abrazaron el ilustre autor del *Quijote* y sus colegas el maestro Espinel y el señor Juan Rufo Gutiérrez.

—Bien quisiera—añadió aquél—veros antes de vuestra marcha, pues siempre guarda mi corazón amistad para los dos.

—Pensado teníamos visitaros, al par que besáramos las manos de mi señora doña Catalina y de vuestra hija doña Isabel—dijo el amigo de D. Juan de Austria;—pero sea como fuere, sabed que á uno y otro nos tenéis de posada en el antiguo mesón de la Puerta del Sol de quien es dueño Juan Cabello, paisano mío (1).

De nuevo se abrazaron y estrecháronse las manos, deseándose mutuamente muchas bienandanzas y fuéronse Gutiérrez y Espinel hacia su casa, mientras el *Grande Hombre*, el Capitán y el Licenciado, seguían con dirección al monasterio de monjas Claras ó de Santa Ana. Aquí, y cuando ya tocaban á las Ave-Marías en todas las iglesias y conventos, por lo que se descubrieron un rato los tres amigos, como todos los demás transeuntes, despidióse el licenciado Vasconcelos para su barrio de las aguas, no sin desearle completo éxito para su demanda en lo de la aloja, continuando los dos protagonistas hacia la calle del Prado, pero dirigiendo antes una ojeada al Corral de la Pacheca, cerrado en aquella hora á piedra y lodo.

Ya el sol había traspuesto; la noche avanzaba, y con sentido paso, un tanto reflexivo Cervantes y un tanto menos Urbina, bajaban los dos camaradas la calle, cuando una vez agregado á ellos el escudero del Capitán que al efecto les esperaba, díjole á Urbina el *manco de Lepanto*.—«Bien dicen que la casualidad engendra los amigos. Sin ella, señor Juan de Urbina, ni hubiera estrechado la mano de D. Lope, ni encontrádome con amigos del alma, ni, por fin—añadió sonriéndose,—habríamos dado término á eso de la aloja, que en efecto, es extraña pretensión»

Dios lo preve todo, mi querido Cervantes,—añadió el Capitán.

—Pues gracias le demos—concluyó el primero.

En esto traspusieron la del Prado y entrando en la del León, paráronse frente á Castillo, panadero de corte, llamaron en la casa de donde los vimos salir, subiendo á ella, no sin haber estrechado al Capitán entre sus brazos, *el manco sano*, *el famoso todo*, *el escritor alegre*, y finalmente *el regocijo de*

las musas. Poco rato después se cerraba un portón de la casa calle del Prado, tras de las personas del secretario del príncipe Filiberto de Saboya, gran prior de la Orden de San Juan, y su escudero; mientras la obscuridad que invadía ya por completo las calles de la villa, dejábalas solitarias, si es que algún devoto comediante, antes de retirarse para su barrio de las Huertas, no se paraba algunos momentos en la calle del León y rezaba una salve ante la imagen de Nuestra Señora de la Novena, que alumbraba un misero farol, costeado por los Angulos, los Valcázar y los Riquelmes.

V.

Y ahora se me preguntará:—¿Las *ordenanzas* sobre la *aloja* merecieron la aprobación de los señores del consejo?

Bien quisiera ocultarlo, pero á fuer de verídico habré de confesar que D. Francisco de Silva Portocarrero y D. Luis de Padilla, después de oír al fiscal de S. M., á los alcaldes de la casa y corte de *su alteza* (1) y al corregidor de la villa, no accedieron á lo pretendido por el licenciado Vasconcelos y el procurador Francisco Dávila, á nombre de maese Villalob y compañía; y agrego, que tan mal efecto les hizo, y ellos sabrían la razón, pues ni las admitieron ni confirmaron, antes madaron se *quitasen*, *repeliesen*, *no se usase de ellas*, y por fin, se *rompiesen* y *tildasen*. Y esto lo dijeron en Madrid á doce días de Septiembre del año de gracia de 1611.

No fué de la misma opinión el señor licenciado Diego Bravo, relator del Consejo que, al conservarlas, permitió á las bellas y elegantes y aun curiosas lectoras del ALMANAQUE de la *Ilustración Española y Americana*, se enteren del cómo se fabricaba, no la ambrosía de los dioses ni la moderna horchata de chufas, sino el *néctar de nuestros antepasados*, la *aloja* que bebió el GRANDE HOMBRE Miguel de Cervantes Saavedra.

Y para concluir, habré de hacerlo como en algunas obras antiguas.

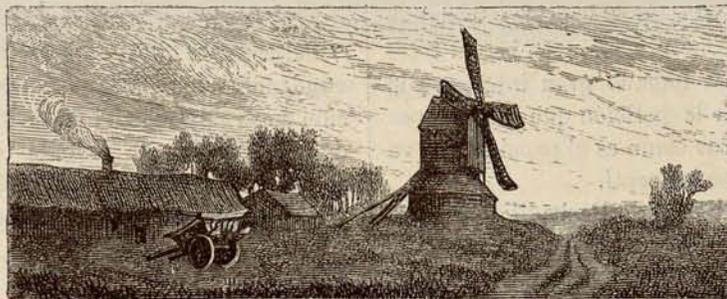
Gracias á Dios que me ha permitido llegar al fin de este cuento ó historia.

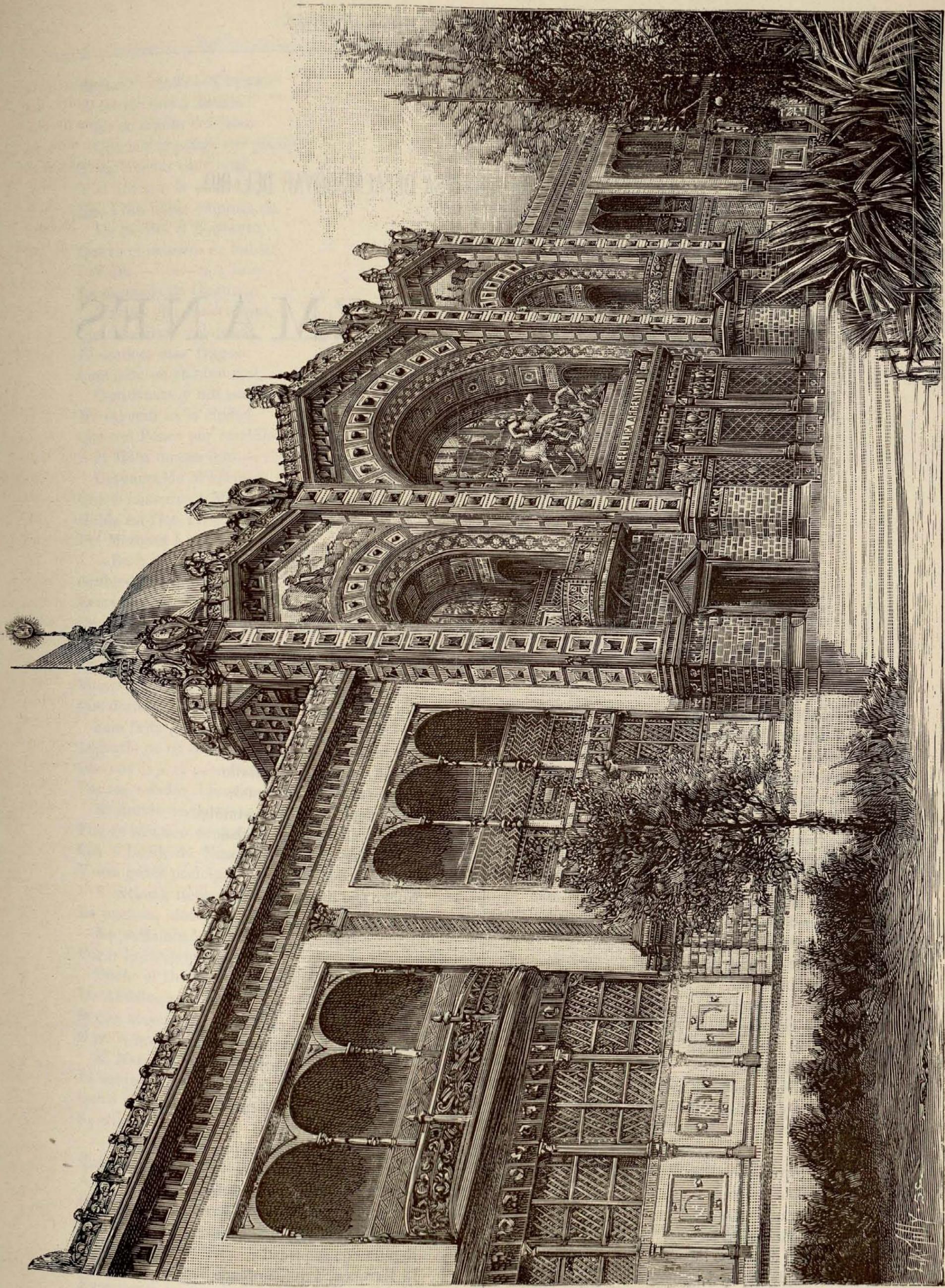
JULIO DE SIGÜENZA.

Madrid, 30 de Julio de 1889.

(1) Existía esta casa-mesón desde 1595, y había pertenecido antes que al expresado Cabello, al licenciado Illescas.

(1) Aunque lo parezca, no hay equivocación en esto, pues se trata del Consejo de Castilla.





EXPOSITION UNIVERSELLE DE PARIS. — Palacio de la República Argentina.

Á LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DUQUESA DE ALMODÓVAR DEL RÍO

PONCES Y GUZMANES

ROMANCES

I.

Al castillo de Marchena,
Que en sombra y silencio está,
Por trochas y por atajos
Llegando jinetes van.

Al instinto de sus brutos
Se entregan para marchar,
Que no rompe ni una estrella
Del cielo la obscuridad.

Preguntan bajo de adentro
Á los que vienen:—¿Quién va?—
Y muy quedo los de afuera
La seña prescrita dan.

Escúchase del rastrillo
Entonces el rechinar,
La poterna se entreabre,
Luce débil claridad,

Penetra el jinete, se oye
El rastrillo levantar,
Y todo vuelve á quedarse
En sombras y soledad.

De una torre del castillo
En la estancia circular,
Que decoran una mesa
Y sillas de cordobán,
Recibiendo á los que llegan
Con abrazos de amistad,
El noble Marqués de Cádiz
Don Rodrigo Ponce está.

Rojo y rizado el cabello;
Grata, aunque hoyosa, la faz;
Gentil de talle, robusto
Y de expresivo mirar;

Todos le estiman: los viejos,
Por entendido y sagaz;
Los soldados, por valiente;
Las mujeres, por galán.

Tan dulce con el vasallo
Como cortés con su igual;
Tan templado en las costumbres
Como ardiente en la piedad,

Y al vencer tan generoso
Como terrible al luchar,
Nuevo Cid llámanle á una
El moro y la cristiandad.

Después de dar el que llega
A los presentes la paz,
Callado como una estatua
Se acomoda en un sitial,

En tanto que Don Rodrigo
Lo mira atento á la faz,
Pretendiendo lo que siente
Con la vista adivinar.

—¿Estamos todos?—pregunta,
Viendo el salón lleno ya.

—Falta el mejor—uno exclama.

—¿Quién decis?—El de Guzmán.—

—¿Qué nos importa su ausencia?—

Replica con sequedad
El Marqués, á quien ofende
Que se nombre á su rival.

—Y pues aquí hemos venido —

Repuesto añade — á vengar
 El rebato que á Zahara
 Puso en manos del Islam,
 Que nos exponga sus planes
 Y sus nuevas cada cual,
 Y el número de soldados
 Que á tan noble empresa da. —
 De Sevilla el Asistente,
 Que es el primero en hablar,
 —Falta— dice— nos hacía
 La mesnada de Guzmán;
 Mas sin ella venceremos,
 Que una firme voluntad,
 El sendero más fragoso
 Convierte en camino real.
 Cien lanzas y mil peones
 Me esperan en la ciudad,
 Que con Ponce por caudillo
 Á la Meca misma irán.—
 Desvanecido el aplauso
 Que el concurso á Merlo da,
 Habla así Don Pedro Enriquez
 Del Marqués á una señal:
 —En la frontera me aguarda,
 Ardiendo en bélico afán,
 Entre jinetes é infantes,
 De guerreros un millar.
 Ir con pocos á la sierra
 Lo juzgo temeridad;
 Vamos de Málaga al llano
 Que dormita en honda paz.
 Sólo falta (y me prometo
 Lograrlo de su amistad)
 Que nos deje el paso libre
 Por sus estados Guzmán.—
 El alcaide de Carmona
 Fué de idéntico pensar,
 Con el Conde de Miranda
 Y otra gente principal.
 Y exclama Robles, que rige
 La jerezana ciudad:
 —No perdamos lo seguro
 Por ir lo incierto á buscar.
 Dueño el Duque en nuestra ausencia
 De Andalucía se hará,
 Si con nosotros no viene
 Ó no le pedimos paz.—
 El Marqués, disimulando
 El enojo que le da
 Que á la memoria le traigan
 Su odiada rivalidad:
 —Partamos—dijo—al combate,
 Que á no ser un desleal,
 Á que respete mi ausencia
 Obligaré al de Guzmán.
 —¿Cómo?—No sé.—Mas entonces...
 —En mi palabra fiad.
 —Pero.....—Ponce lo promete,
 Pues Ponce lo cumplirá.
 Ni ir debemos las campiñas

Indefensas á talar....
 —¿Dónde iremos?—A una plaza
 Llena de gente marcial.
 —¿Mas combatirla es posible?
 —Y conquistarla además.
 —¿No se encuentra apercibida?
 —Confía en su impunidad.
 —¿Quién lo dice?—Ortega Prado,
 Que viene de examinar
 Piedra á piedra las murallas
 Del castillo y la ciudad,
 Y sabe el número y clase
 De los que guardia les dan,
 Las horas de los relevos
 Y el sitio por donde entrar.
 —¿Qué plaza decís?—Alhama.
 —¡Alhama!—¿Os parece mal?
 —¡Si del reino granadino
 En el corazón está!
 —En él abramos la herida
 Para que sea mortal.
 ¿Se acaba acaso al contrario
 Arañándole la faz?
 —Empresa tan temeraria
 El soldado rehusará.
 —Se la tendremos secreta
 Hasta el momento fatal.
 —Pero ¿á qué rendir la plaza
 Si la hemos de abandonar?
 —Nos quedaremos en ella.
 —Y allí nos acabarán.
 —No, que el inclito Fernando
 Á valernos correra.
 —¿Y si no viene?—Los cielos
 En nuestro auxilio vendrán.

Aquellos bravos entonces,
 Dejando de p'aticar,
 Sus voluntades unien lo
 Á tan firme voluntad,
 —¡Á Alhama, á Alhama!— exclamaron
 Con decisión singular,
 Y del asalto imposible
 Concertóse al punto el plan.
 —Aquí mañana á la noche —
 Dice Ponce al terminar.
 Y—¡Aquí mañana!—resueltos
 Por respuesta todos dan;
 Y requiriendo sus armas,
 Después de darse la paz,
 Silenciosos, uno á uno,
 Como vinieron se van.

De los pasos del postrero
 Apagado el retumbar,
 Se quedó Ponce sumido
 En honda perplejidad.
 —¿Qué haré?—después se decía,

Á la estancia circular
Como una fiera enjaulada
Dando vueltas con afán.

De repente, un pergamino
Cogiendo con ansiedad,
Escribe, lo escrito borra
Y á escribir vuelve y borrar,
Hasta que haciendo un esfuerzo,
Por no arrepentirse más,
Sin ver lo escrito, lo sella
Y á un correo se lo da.

— ¡ En el nombre de Dios vaya! —
Dijo viéndole marchar:
Signóse devotamente,
Se arrellanó en un sitial,
Y durmióse al tiempo mismo
En que, á todo galopar,
Salió el correo llevando
La carta para Guzmán.

II.

Sereno, valiente, altivo,
Ganoso de empresas grandes,
Muley Hacem con Castilla
Decide romper las paces.

Confía, más que en su estrella
Y en sus huestes de combate,
En la intestina discordia
En que viven sus rivales;

Que en bandos celosos luchan
Los Córdovas y Aguilares,
Los Manriques y Velascos,
Los Ponces y los Guzmanes.

Con sus gentes el Rey moro
Á golpe seguro sale,
Que el sueño de la paz duerme
Zahara la inexpugnable.

La sorprende en noche oscura,
La entra á saco, y fuego y sangre;
En ella siembra más muertes
Que la peste de Levante,

Y encadenando á los pocos
Que libraron del alcance,
Á su Corte se los lleva,
Á donde en triunfo se parte.

Arde en júbilo Granada;
Ministriles, atabales,
Pifanos, guzlas y adufes
Llenan de sonos el aire.

Bibarrambla, apercebida
Á las fiestas populares,
Ostenta estrados cubiertos
De sargas y tafetanes,

Y en sus altos miradores
Y ajimeces orientales,
De brocado y terciopelo
Tapices y cortinajes.

Ansiosa la muchedumbre,
Ventanas y puertas abre,
Corona las azoteas,
Las torres y los adarves,
O en tropel se arremolina
Por las plazas y las calles,
Con el vaivén de las olas
Y el zumbido del enjambre.

« ¡ Viva Muley! ¡ Zahara es nuestra! »
La ciudad grita anhelante,
No habiendo en Granada toda,
Al oirse voces tales,
Envidias que no enmudezcan,
Rencores que no se acallen,
Trabajos que no se olviden,
Ni penas que no se calmen.

La ciudad engalanada,
La vega cual verde esmalte,
Nevada la serranía,
Claro el cielo, tibio el aire,
Galopando en blanca yegua,
Muley se acerca arrogante
Con sus Mazas y Gomeles,
Zegries y Abencerrajes.

Lleva uno bonete sirio;
Otro, pérsico turbante;
Quién luce albornoz turquesco,
Y quién tunecino jaique.

Rige éste el potro nacido
De Arabia en los arenales;
Aquél, la jaca andaluza
Que en corvetas se deshace;

Y el ondear de sus tocas,
Banderines y estandartes,
Los encendidos colores
De sus vestidos flotantes,

Y el brillo que el sol arranca
Á los arreos marciales
Y al oro de las aljubas,
Marlota; y capellares,

Aturden, deslumbran, ciegan
Con un rielar semejante
Al hervidor cabrilleo
De las olas de los mares.

Pero en quejas se convierten
Los vítores delirantes,
En espanto el alborozo,
Las risas en roncós ayes.

Por la sed amortecidos
Y la fatiga y el hambre,
En montón atropellados
Hombres, mujeres é infantes,

Van los cautivos zahareños,
 En rebaño miserable,
 Dejando por donde pisan
 Regueros de llanto y sangre.
 La guardia negra africana
 Pisotea á los que caen,
 A los humildes insulta
 Y veja á los arrogantes;
 Á cuya vista, encendido
 En compasión y coraje,
 Se amotina el pueblo, ahuyenta
 A la soldadesca infame,
 Y á los cautivos restaura
 Con los sabrosos manjares
 Al regalo apercebidos
 Del ejército triunfante.

Muley, mientras, jactancioso
 En la sala de Comares
 Recibe los parabienes
 De sus deudos y parciales.
 Alamines y santones,
 Ulemas, xeques y alcaldes,
 Lisonjeros, le comparan
 Con Muzas y Abderramanes.
 Los alfaquí danle incienso
 Como si fuera un arcángel,
 Y con zumbas le recrean
 Bufonescos albardanes.
 Cuando echado en alcatifas
 Y turquescos almadragues,
 Por la lisonja aturdido,
 La mirada lleva eriante
 De la lámpara chinesca
 Á los vivos alizares,
 Del mote del ataurique
 Al casetón del alfarje,
 Despiértale de repente
 Un acento formidable,
 Que — ¡Ay de Granada! — exclamando,
 En todos huela la sangre.
 — ¡Ay de Granada — repite —
 Para el Muslim acabaste;
 De la lucha en que hoy te empeñas
 Tu muerte será el remate! —
 Todos temblando se apartan
 Del anciano venerable
 Que prorrumpe lastimero
 En augurios tan fatales;
 Y éste, los ojos fijando
 De Muley en el semblante,
 Maldicele, y del recinto
 Y de la Alhambra se sale.

El concurso se dispersa,
 Y Hacem, en vez de entregarse
 Con sus mujeres y esclavos
 Á los festines y bailes,

Manda echar los alamudes,
 Redoblar los vigilantes,
 Encerrar á las mujeres
 Y prevenir los alfanjes.

En tanto el profeta moro
 Va con gritos espantables
 La pérdida de Granada
 Pregonando por las calles.
 Á su voz, que espanto infunde,
 La muchedumbre cobarde
 Que poblaba los caminos,
 Plazoletas y alminares,
 Cierra mezquitas y lonjas,
 Arria los estandartes,
 Descuelga los miradores
 Y los estrados deshace.
 Y cual si el cielo quisiera
 Hacer el terror más grande,
 Sobre el pueblo echa una nube
 De obscuro color de sangre,
 Que se desata en granizos
 Y furiosos huracanes,
 En truenos retembladores
 Y centellas fulgurantes.

III.

Al declinar de la tarde
 Llegando van á Marchena
 Los caudillos andaluces
 Con sus bizarras banderas.
 Revístalas Don Rodrigo,
 Y encargándoles cautela,
 A su frente, ya de noche,
 Toma el rumbo de Antequera.
 Todo al soldado hostiliza:
 El viento, la sombra densa,
 El rocío congelado
 En las resbalosas sendas,
 El zarzal en que se punza,
 El peñasco en que tropieza,
 El arenal en que se hunde
 Y la arcilla en que se atuella.
 Y rendir se dejaría
 Fatigado á su flaqueza,
 Si de constancia y arrojo
 Ejemplo el Marqués no diera.
 De éste á la voz soberana
 Cobra aliento el que flaquea,
 El lenguaraz enmudece
 Y el discolo se atempera,
 Que la condición torcida
 De la más vil soldadesca
 Bajo el dominio de Ponce
 Á la virtud se endereza.